santificacion de las almas; porque precisamente para hacerse útiles al prójimo con sus conversaciones edificantes, estaban dispensadas de la rigurosa soledad en que viven otras comunidades religiosas (1).

Tan útiles enseñanzas no podian ménos de dar los mejores resultados, tanto más, cuanto que la fervorosa Superiora predicaba con el ejemplo, y aparecia siempre como el alma de todo; no habia mas que verla ú oirla, para sentirse lleno de los mas santos deseos del desprecio del mundo, y del mas ardiente anhelo de la perfeccion.

(1) Beaufils, p, 124.

CAPÍTULO IX

GOBIERNO Y DIRECCION DE LA MADRE LESTONNAC

(1610—1613)

En la informacion sobre las virtudes de la venerable Juana de Lestonnac, uno de los abogados de la causa, despues de haber demostrado con qué prudencia la fundadora arregló los puntos principales del Instituto, con qué habilidad labró las piedras fundamentales de su comunidad, examina con qué acierto gobernó su familia religiosa. Estando todo previsto y dispuesto por la regla, dice, la Superiora no tenia que hacer mas que una cosa: velar por su exacta observancia, no tolerando nada que condujese á lo arbitrario, á la licencia ó al abuso; lo cual cumplió perfectamente la sierva de Dios.„ Veamos, siguiendo al Sr. Alibrandi, cómo se arregló para lograr la exacta observancia de la disciplina religiosa en su casa.

De cincuenta y cinco años de edad era, poco mas ó ménos, la Madre de Lestonnac, cuando elegida Madre Primera se vió á la cabeza de una comunidad regularmente organizada. Uno de sus historiadores, el P. Julia, nos ha dejado un retrato fiel de la fundadora, en esta época, trazado conforme á los recuerdos de "una virtuosísima religiosa,

que habia recibido el hábito de manos de la Madre de Landiras (1).„

Dios, nos dice él, para hacer que los hombres los conozcan y veneren, pone ordinariamente en sus siervos un carácter de santidad, una gracia y como encanto, que los hace estimar de todos.....; no hay que consultar para prestarles veneracion, sino que se siente uno atraido por un impulso interior, que se adelanta á nuestra deliberacion y nos obliga á guardarles gustosos un respeto, que frecuentemente no se concede á los monarcas de la tierra: esto es lo que se ha visto en esta virtuosa señora. Llevaba ella en su rostro y mostraba en todas sus acciones una modestia, una tranquilidad de espíritu y una piedad tan grande, que inspiraba á todos respeto y amor.....„

Más admirable aún aparecia la belleza moral de la Madre de Lestonnac. Tenia un espíritu ancho y elevado, juicio muy recto y sólido, entendimiento claro y firme, voluntad entera y enérgica, corazon grande y generoso: en una palabra, un alma dotada de los dones mas preciados. No estaba, sin duda, exenta de pasiones humanas, pero con el auxilio de la divina gracia, llegaba á dominar todos los movimientos de la naturaleza.

Su union con Dios parecia contínua, y de aquí aquel sello sobrenatural impreso sobre cada una de sus palabras y acciones. "Los que tienen que gobernar casas religiosas y guiar á las almas á la perfeccion, dice D. de Sainte-Marie, deben recibir de Dios las instrucciones espirituales y los medios acomodados á tan sublime cargo (1).„ Así, la Madre de Lestonnac no quiso nunca emprender nada, sin haber consultado á Nuestro Señor en la oracion, para conocer su voluntad. Qué hermoso era ver cómo empleaba los dones naturales y sobrenaturales de que se hallaba adornada! Activa por naturaleza, manifestaba en los negocios tal agudeza de entendimiento, que en un abrir y cerrar de ojos, comprendia el estado de una cuestion, su fin, los medios de lograrlo y los obstáculos que se oponian: tenia una rectitud de juicio, que la permitia decidirse inmediatamente por el partido mas ventajoso. Paciente y firme en la ejecucion, llevaba adelante sus planes con tal decision y constancia, que no habia dificultad alguna capaz de arredrarla. Quién no admirará la igualdad de su vida durante los treinta últimos años, es decir, desde su entrada en la religion hasta la muerte? No tuvo nunca presente ante sus ojos mas que una cosa, la mayor gloria de Dios!

(1) *La vie de la vénérable Mère Jeanne de L'Estonnac* p. 108.
(2) *Abrégé de la vie*, p. 309.

No sería acabado el retrato de la Madre de Lestonnac, si no añadiéramos á lo dicho una cualidad especial, que el P. Julia llama *la gracia de los labios*, y D. de Sainte-Marie, *la eficacia de las palabras*. "Como su juicio era muy sólido, nos dice el primero, su entendimiento muy claro, y su talento poco comun, sus palabras eran graves sin afectacion, fuertes sin rudeza, dulces sin ser rebuscadas (1)„. Su lenguaje, con ser sencillo, cándido, y sin presuncion, hace notar el segundo, no era ménos eficaz y penetrante: diciendo sencillamente las cosas, como eran, sin exageracion ni amplificaciones, era por lo mismo mucho mas enérgico y hacia casi todo lo que queria (2).„

Tal era la primera Superiora de las Hijas de Nuestra Señora, destinada por Dios para modelo de todas las que andando el tiempo, serian llamadas á gobernar las diversas casas de la Órden. Ya conocemos las prendas personales de la Madre de Lestonnac; veamos ahora, en pocas palabras, cuál fue su línea de conducta en el gobierno de la comunidad.

"Lo que conserva las Órdenes religiosas en el esplendor y santidad que deben tener, dice D. de Sainte-Marie, es el que todas las cosas estén bien arregladas y que se observe bien esta regularidad (3).„ Partiendo de este principio la

(1) *La vie de la vénérable Mère*, p. 109.
(2) *Abrégé de la vie*, p. 309.
(3) *Abrégé de la vie*, p. 270.

prudente fundadora, se dedicó á establecer en su primera casa una exacta observancia, alma de la vida religiosa.

Comenzó por dar ejemplo de la más perfecta fidelidad á la regla, de modo que era la primera en todas las cosas. Habia que ir al coro, para rezar el oficio divino; pues ella abria la puerta á las demas para que entrasen en él: si era dia de penitencias en el refectorio, ella era la primera en animar á las otras con su ejemplo; debian acudir al oficio manual en comun; pues no era de las últimas, ni de las más flojas en trabajar á conciencia: si se trataba de instruir á las educandas, como lo prescribe el Instituto; pues ella desempeñaba este cargo con celo y perseverancia: á la hora de asistir á la lectura ó á cualquier otra distribucion de comunidad, se hubiera podido muy bien decir que ella era el espíritu motor y el principal resorte, que ponia en movimiento á todas las demás (1).„

El mostrarse así tan exacta en las cosas mas menudas de la vida religiosa, la autorizaba más para exigir, y nunca faltaba en esto, que todas imitasen su ejemplo. "Así, observa D. de Sainte-Marie, todo marchaba bien en la casa, y ninguna tropezaba, digámoslo así, porque sabian todas que no quedarian impunes las faltas, y que tenian una Superiora, que no perdonándose nada á sí misma, no perdonaba tampoco á las demás. No parecia sino que se hallaba en todas partes, y su vista de lince tenia todas las cosas en buen estado, rondando como buen capitan, al rededor de su campo, para ver si todas sus hijas estaban en su puesto (2).„

A pesar de la vigilancia de la Superiora y de la buena voluntad de sus inferiores, era imposible á la flaqueza humana, el que de vez en cuando no ocurriese alguna infraccion de la disciplina religiosa; la Madre de Lestonnac, á quien estaba encomendada la guarda de la regla, apenas dejaba pasar falta alguna, sin imponer á la culpable la me-

(1) D. de Sainte-Marie: *Abrégé de la vie*, p. 274.

(2) *Abrégé de la vie*, p. 273.

recida penitencia. Le parecia que es mejor emplear un poco de severidad con las personas particulares, que, por demasiada condescendencia, perjudicar al bien comun. (1) Habiendo sabido un dia que una religiosa habia tenido en el locutorio una conversacion poco conveniente á la modestia de su estado, preguntó á la Hermana que la habia acompañado en la visita. Disimuló ésta la falta, para que no pareciese que acusaba á la culpable. La Madre de Lestonnac juzgó su silencio de mas peligrosas consecuencias, que la conversacion de la otra, y la hizo ayunar el dia siguiente á pan y agua. Se mostraba inflexible en este punto, persuadida de que un rigor saludable contribuye mucho á sostener la flaqueza humana. (2)

Si el primer deber de una Superiora es velar por la exacta observancia de las reglas, otro deber, no ménos importante, es mostrar un verdadero corazon de madre con todas las religiosas confiadas á su direccion espiritual. Ahora bien, por la ternura de su afecto para con todas sus hijas sin excepcion, nadie mereció mejor que Madama de Lestonnac este dulce nombre de Madre, que habitualmente se da á las Superioras religiosas. "Siento vivamente vuestra enfermedad, escribia un dia á una novicia, y por veros libre de ella, con mil amores querria yo que Dios la añadiese á las mias.„—"Mostraba tan grande amor á todas las religiosas, y se interesaba tanto por ellas en sus verdaderas necesidades, que hacia de ellas todo lo que queria: tenia el corazon de todas en sus manos, inclinándolas y llevándolas á donde deseaba; de suerte, que mas que Superiora era su madre. (3)„

Para conocer bien de qué modo la santa fundadora demostraba á sus hijas su maternal afecto, lo mejor que podemos hacer, es seguir, paso á paso, la relacion de su biógrafo, D. de Sainte-Marie, tan donosa y verdadera en su sencilla originalidad.

(1) D. de Sainte Marie, p. 273.

(2) Beaufils, p. 317.

(3) D. de Sainte-Marie, p. 338.

En primer lugar ella proveía á tiempo á todas sus necesidades, sin esperar á que le pidieran lo que era necesario. Habiendo visto un dia á una religiosa mal vestida y aterida de frio, se fué la noche siguiente, sin meter ruido, al aposento de la Hermana, le dejó su propio vestido y se puso el de ella. Pero, sobre todo, las enfermas eran el objeto de su tierna caridad: queria que no se perdonase gasto alguno para aliviarlas, y que la pobreza de la casa no sirviese nunca de pretexto para negarles nada. Las visitaba con frecuencia, y por poco peligrosa que fuese la enfermedad, se levantaba varias veces por la noche, ó de la mesa, interrumpiendo la comida. Por su propia mano preparaba las medicinas ó los alimentos que habia que darles, y ella misma se los servia, acordándose de lo que en otro tiempo habia hecho con sus hijos, y no queriendo que se dijera que la caridad religiosa es ménos tierna que el amor maternal (1).

Pero más aún que éstas, excitaban su solicitud las necesidades espirituales de sus hijas. Las exhortaba, las instruia, las consolaba en sus penas: moderaba el fervor de unas, estimulaba la flojedad de otras, hablaba con tanta dulzura y les mostraba tanto afecto, que le descubrían los más secretos repliegues de su corazon. Para corregir cierta antipatía, que descubrió entre dos religiosas, las puso á ambas en el mismo oficio, para obligarlas á amarse mútuamente, por la necesidad en que se veian de tener que ayudarse la una á la otra. Y efectivamente, bien pronto, cada una de ellas, venciéndose un poco, mejoró de carácter, y llegó á reinar entre ambas una perfecta union (2).

La Madre de Lestonnac, continúa D. Sainte-Marie, demostraba á sus hijas el afecto que les profesaba, "en la igualdad con que las amaba, no haciendo ninguna diferencia entre las que eran de buenas casas y las que venian de familia mas humilde: no teniendo mas consideracion con las personas de la ciudad, que con las forasteras; no prefi-

(1) Cf. Beaufils, p. 320, 322.

(2) Beaufils, p. 322, 324.

riendo las de mejores condiciones, á las que la naturaleza no habia favorecido tanto; no mostrando preferencia á las Madres respecto de las Hermanas; ni concediendo mas á las Profesas que á las Novicias; ni desatendiendo á las Coadjutoras, por favorecer á las de coro: en una palabra, guardando tales miramientos con todas, que ninguna tenia ocasion de envidiar á otra, ni ésta de quejarse de que se hacia con aquella lo que para sí hubiera en gran manera necesitado. Esta igualdad y proporcion que exactamente guardaba, era tan agradable á los ojos de cada una, que esta casa era un remedo del paraiso (1)."

La tercera cosa, en que la Madre mostraba un verdadero amor á sus hijas, añade el mismo historiador, era en guardar secreto cuanto le confiaban; y asi acudian á ella con entera libertad y absoluta confianza, una vez por lo menos á la semana, no solo para informarla de los intereses generales de la casa, sino tambien para descubrirle el interior de su alma, y sacar de ello alguna consolacion. Era menester, sigue él diciendo, unas veces calmar la turbacion de ésta, atribulada por el mal genio de su compañera de oficio: otras, escuchar las quejas de aquella, por las dificultades que hallaba en su cargo: ora remediar la tristeza que su carácter melancólico causaba en el alma de una; luego desvanecer los escrúpulos que atormentaban la conciencia de otra, y á lo mejor, suplir la falta de la que, por enfermedad ú otra ocupacion, no podia desempeñar su cargo: por abreviar, era preciso que en todo tiempo y á todas horas, su corazon, sus oidos, su boca, su aposento, estuviesen igualmente abiertos; su aposento, para recibir á las religiosas; sus oidos, para escuchar sus quejas; su corazon, para compadecerse de ellas, y su boca, para consolarlas y aconsejarlas (2)."

Hay un don sobrenatural, que Dios dispensa con mayor ó menor liberalidad á los Superiores religiosos para la direccion de las almas; y es, el que el apóstol San Pablo de-

(1) *Abrégé de la vie*, p. 342, 343.

(2) *Abrégé de la vie*, p. 351.

signa con el nombre de *discretio spirituum*, y San Ignacio llama *discernimiento de espíritus* (1). Este don de *discernir y sentir, en alguna manera, las varias mociones que en la ánima se causan* por el bueno ó por el mal espíritu, se le habia Dios comunicado de un modo extraordinario á la santa fundadora. La sutileza natural de espíritu la hacia leer en el semblante de sus hijas las disposiciones de su alma, una gracia particular le permitia penetrar hasta lo mas íntimo de su corazon. Ella les descubria con admirable perspicacia, aún antes de que ellas se las hubiesen manifestado, sus tentaciones, sus tristezas, sus antipatías y sus flaquezas; y asi solian decir que "su Madre las conocia mejor que ellas á sí mismas (2).„

De esta luz divina dimanaba aquella gran eficacia de palabras, que ya ántes hemos hecho notar; porque conociendo la raiz de las inclinaciones de sus hijas, podia fácilmente aplicarles el conveniente remedio. "Un mal conocido, observa el P. Julia, está ya casi curado; mas siendo diferentes los males, y pidiendo cada uno su tratamiento especial, ella se le daba en esta forma, tratando de una manera mas dulce una pasion naciente, y de un modo mas fuerte, la que por su larga dominacion habia venido á ser tenaz: prodigaba cuidados mas contínuos y aplicaba remedios mas fuertes, para curar los males, que, aunque pequeños en su nacimiento, podian tener graves consecuencias y dar la muerte al alma (3).„—"No es que ella hablase mucho, añade D. de Sainte-Marie; hablaba poco, pero lisa y llanamente; si bien, no fue la abundancia de palabras la que le granjeó el dominio de los corazones, sino la delicadeza, el gracejo, la energía y el modo de decir lo que era menester. . . . . Acudian de muy buen grado á comunicarse con ella; ya sabian perfectamente de antemano que proporcionaria algun alivio á los males que las aquejaran, por lo mismo que tenia de ellos perfecto conocimiento (1).„

(1) Ejercicios Espirituales. *Reglas para en alguna manera sentir y conocer las varias mociones que en la ánima se causan....*

(2) Julia, p. 118.

(3) *La vie de la vénérable Mère*, p. 119.

La palabra mas ordinaria para confortar las almas, era aquella misma del Salvador del mundo al paralítico, de quien nos habla el santo Evangelio: *Confide, fili. Ánimo, hija mia:* ten confianza, decia esta buena Madre; y estas palabras eran como un bálsamo, que curaba toda clase de enfermedades espirituales. D. de Sainte-Marie, enumera muy complacido los maravillosos efectos producidos por esta consoladora y fortificante palabra: "*¡Ánimo, hija mia!* Esto era bastante para dar la paz al alma. . . . . *¡Ánimo, hija mia!* y con esto devolvia al corazon afligido la alegría; lanzaba del ánimo la turbacion, daba ánimo á las tímidas, confortaba á las débiles, instruia á las ignorantes, é iluminaba las tinieblas interiores del alma. . . . . *¡Ánimo, hija mia!*, y cesaba toda pena, todo temor se ahuyentaba, toda tibieza se encendia, y toda amargura se endulzaba. *¡Ánimo, hija mia!* y aliviaba el peso de la obediencia, llevaba á la mortificacion, inspiraba deseos de padecer, inclinaba á la humildad, y animaba á la observancia: en suma, era una palabra que obraba todo aquello, para lo cual la empleaba (2).„

Una religiosa de imaginacion vivísima estaba haciendo los Ejercicios espirituales. Aterrada con las meditaciones de la muerte, del juicio y del infierno, empezó á sentir turbacion de espíritu: y afligida por un pensamiento de desesperacion, se echó á correr por toda la casa, dando gritos lamentables. La Madre, compadecida de ella, la mandó á llamar, y lo mismo fue decirle solamente estas palabras: "*¡Animo, hija mia!*„, que calmarse su sobresalto, y recobrando su calma habitual, dió gracias á Dios de este repentino cambio (3).

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la

(1) *Abrégé de la vie*, p. 321, 324.

(2) *Abrégé de la vie*, p. 313.

(3) Beaufils, p. 326

tierra, dijo Cristo Nuestro Señor en el sermon del monte; es decir, porque ejercerán verdadero poder sobre los corazones de los hombres. La Madre de Lestonnac guiaba las almas más bien por la dulzura y mansedumbre, que por la severidad; porque el primer modo, de ordinario, es mas eficaz que el segundo; sin embargo, tambien usaba de severidad, cuando la razon y las circunstancias lo exigian. Mas aun entonces, la suavidad moderaba su justa indignacion y dejaba á un lado la amargura del celo, para conservar toda su eficacia." "Sabía mezclar tan discretamente lo ágrio con lo amargo, observa su historiador más antiguo, lo dulce con lo picante, la condescendencia con la severidad, que no se sabia de qué quejarse; siempre lograba ella el fin que se habia propuesto, y hacia confesar á las mas endurecidas su extravío. Y así no habia corazon tan obstinado, que á la larga no se ablandase, y se redujese á la razon, por la santa destreza é industrias de que ella se valía para ganar los ánimos, por el lado que parecia mas conveniente, (1)„

Hemos visto anteriormente que para la Madre de Lestonnac no habia acepcion de personas, dando á todas sus hijas muestras del mismo afecto, sin tener en cuenta su nacimiento, familia, prendas personales, ni aun su clase ú oficio en la casa. No es esto decir que no tuviese cuidado particular de las que podian ser algun dia mas útiles á la comunidad. "Así, dice el mismo D. de Sainte-Marie, á éstas les hacia dar cuenta de conciencia con más frecuencia que á las demás; les encomendaba los cargos más importantes, para probar mejor su talento; las ejercitaba en mortificaciones más sensibles que al resto de las religiosas; las visitaba más á menudo en sus oficinas; las reprendia más severamente por sus faltas; les imponia penitencias más rigorosas; las probaba fuertemente en la obediencia, las hacia experimentar con mas frecuencia las incomodidades de la pobreza; en fin, trataba de conocer el espíritu de cada

(1) D. de Sainte-Marie, p 325.

una, como medio de saber, para qué cosas seria mas á propósito y en qué podia servirse de ella para el bien de la religion. . . . . Pero todas estas experiencias las hacia con tan buena gracia, que la misma que era sometida á prueba tan sensible, lo recibia todo como si el mismo Dios se lo hubiese mandado (1).„

En cuanto á las religiosas, que veia dotadas de cualidades para buenas superioras, y que ya tenia destinadas para la fundacion de nuevas casas, las ejercitaba de un modo especial en la práctica de la obediencia y de la humildad. "¿Qué pensáis, decia una vez, que voy á hacer de esta jóven (Margarita de Poyferré), á quien tanto tiempo tengo en la cocina? Pues quiero hacer de ella una piedra fundamental y viva, para colocarla en el santuario de la Iglesia de Dios (2).„

A ejemplo de San Ignacio, la fundadora de la Compañía de Nuestra Señora, queria que la virtud de la obediencia fuese como el sello distintivo del nuevo Instituto.„ Por lo cual recomendaba muy singularmente á sus hijas que se esforzasen en hacer ventaja á todas las demás Órdenes en la obediencia, no mirando si en ellas se hacian muchas más cosas que en su Órden, con tal que en ésta se hiciese gran aprecio de la obediencia (3).„ Por lo mismo exigia de las futuras superioras una obediencia perfecta, persuadida de que para mandar bien, es menester primeramente haber aprendido bien á obedecer.

En los capítulos siguientes veremos cómo las religiosas enviadas á las nuevas casas, se señalaron por sus virtudes y justificaron asi la eleccion que de ellas hizo la Madre de Lestonnac, y la formacion, que era obra de la santa fundadora.

(1) *Abrégé de la vie*, p. 354, 355.
(2) D. de Sainte-Marie, p. 355; Bouzonnier, p. 371.
(3) *Abrégé de la vie*, p. 292.